

CARLOS RUBIO PALAO

# LOS NIÑOS ELEGIDOS

**N**UMAK

*Los niños elegidos*

Primera edición: febrero de 2023

Tercera edición: mayo de 2023

©2023, Carlos Rubio Palao.

©2023, Ediciones Numak (Served Numak S.L.)  
C/Pineda Fosca, 4, A-1ª. 08100 Mollet del Vallès (Barcelona)

©2023, Manuel Montero Reina, por la cubierta.

©2023, Laura Plasencia Ollé, por la ilustración de las guardas

©2023, Darío M. Urdiales, por la maquetación.

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la leyes de *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.cedro.org](http://www.cedro.org) 917021970/932720445).

ISBN: 978-84-126390-1-8

Depósito legal: B 4466-2023

*Printed in Spain* – Impreso en España

*Para Laura,  
la primera niña elegida de mi historia.*



# ÍNDICE

<b>PRÓLOGO .....</b>	<b>11</b>
<b>I LA CUEVA .....</b>	<b>15</b>
<b>II LA VERDAD .....</b>	<b>109</b>
<b>III SECCIÓN NEGRA .....</b>	<b>167</b>
<b>IV ESPERANZA .....</b>	<b>239</b>
<b>V INSURRECTOS .....</b>	<b>307</b>
<b>VI LA GRADUACIÓN .....</b>	<b>347</b>
<b>VII EL LÍDER .....</b>	<b>405</b>
<b>EPÍLOGO .....</b>	<b>441</b>







# SECCIONES DE LA ESCUELA DE PODER



## AMARILLA

Niños elegidos entre tres y cinco años

## NARANJA

Niños elegidos entre seis y siete años

## AZUL

Niños elegidos entre ocho y nueve años

## VERDE

Niños elegidos entre diez y doce años

## ROJA

Niños elegidos entre trece y catorce años

## LILA

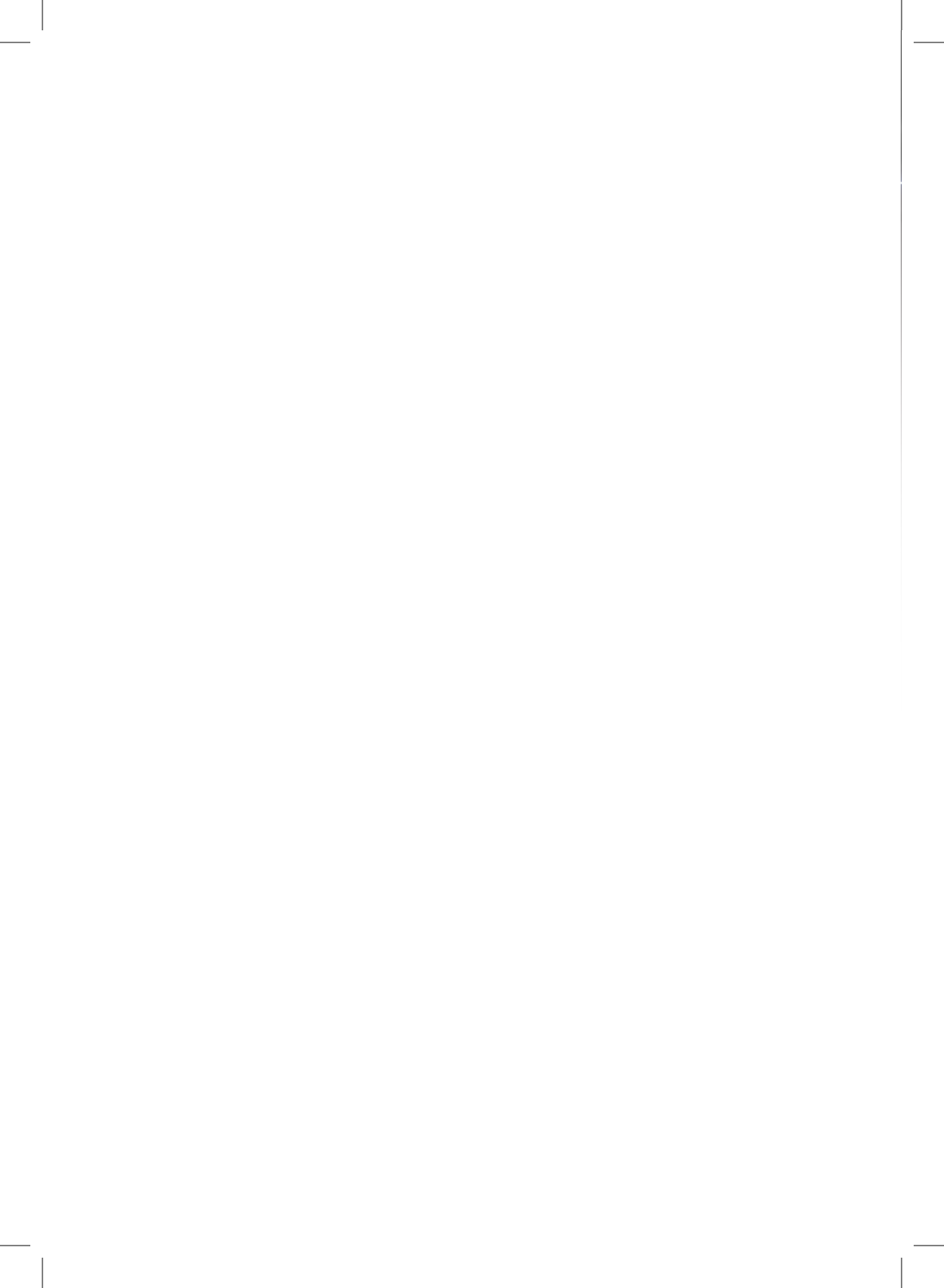
Niños elegidos entre quince y dieciséis años

## NEGRA

Niños elegidos entre dieciséis y diecisiete años

## GRADUACIÓN

Niños elegidos libres





## PRÓLOGO

DOY UNA BOCANADA ASFIXIANTE EN LA OSCURIDAD.

Abro los ojos. El corazón me palpita en la garganta. El aire avanza a manotazos hasta los pulmones. Parpadeo. Shiro y Drew siguen dormidos. Sus ronquidos me llegan como olas rítmicas a través de un mar de sombras. Me incorporo y fuerzo la vista. Distingo los armarios empotrados, las paredes lisas, la ventana de fibra LED... Respiro hondo. No hay duda de que sigo aquí. A salvo. Nadie me ha sacado de la cama a la fuerza. Nadie me ha raptado ni atacado mientras dormía.

Cierro los ojos.

*La pesadilla.*

Ha sido esa maldita pesadilla, otra vez.

Me doy la vuelta. Dejo caer las manos sobre la almohada y trato de conciliar el sueño. Siento mi pecho subir y bajar, lento, acompañado, mientras cuento mentalmente los segundos que pasan. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco... Las imágenes del sueño no tardan en centellear ante mí, en orden idéntico a como las reviví ayer, y anteayer, y el día anterior a anteayer. Tan reales y nítidas que con solo alargar un brazo podría tocarlas.

Una habitación.

Cuatro paredes altas. Estoy tirado en el suelo de adoquines blancos. Un foco tenue lo ilumina todo desde arriba. Visto un pijama de hospital muy fino y tengo frío. Me froto los brazos, extrañado. Me levanto. Ando con torpeza hasta las paredes y las toco con las manos. El tacto gélido me obliga a quitarlas de golpe. Miro arriba, a los lados. Busco cualquier cosa a mi alrededor. Una señal. Una respuesta.

Una explicación.

—¿Hola?

Un hilo de terror, eso es mi voz.

—¡Otra vez! —grita alguien por megafonía.

Un chorro de luz me llena los ojos.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Dónde...?

Una cuenta atrás vocifera en todas partes. El aire me sale y entra de la boca más y más deprisa. Golpeo de repente las paredes, enloquecido, mientras parpadeos de flash inundan la habitación. Mi voz es engullida por la ensordecedora sirena. *Cinco*, continúa la extraña voz. *Cuatro. Tres. Dos. Uno*. Se hace una pausa, miro a todas partes boquiabierto, y entonces una descarga recorre el suelo y me sube por los pies.

Fuego.

Alfileres al rojo que me agujerean la piel. Astillas de hielo atravesando músculos y nervios. Un zarpazo abriéndome en canal.

Se apaga la luz.

¿Cuánto tiempo pasa? No lo sé. Cuando el humo se disipa me veo en el suelo, con los dedos clavados en la cara y las piernas arqueadas. Estoy paralizado en una posición extraña, violenta. No ocurre nada durante varios segundos. No siento. No pienso. Dejo de tener consciencia del paso del tiempo. Ni siquiera oigo mis propios latidos. Si es que hay latidos.

¿Sigo vivo?

Siempre me hago la misma pregunta, y siempre me equivoco.

Una arcada me golpea el estómago. Doblo la espalda y vomito sangre y bilis a mis pies. El aire me desgarrá el cielo de la boca. Empiezo a llorar. A temblar. Y a gritar de nuevo. Me arrastro por el suelo e intento levantarme.

—¡Otra vez! —repite la voz.

—¡¡No, por favor!!

La cuenta atrás vuelve a activarse y, justo cuando voy a recibir otra descarga, doy un bote sobre la cama, con el pijama pegado al cuerpo empapado de sudor y los dedos hincados en el colchón.

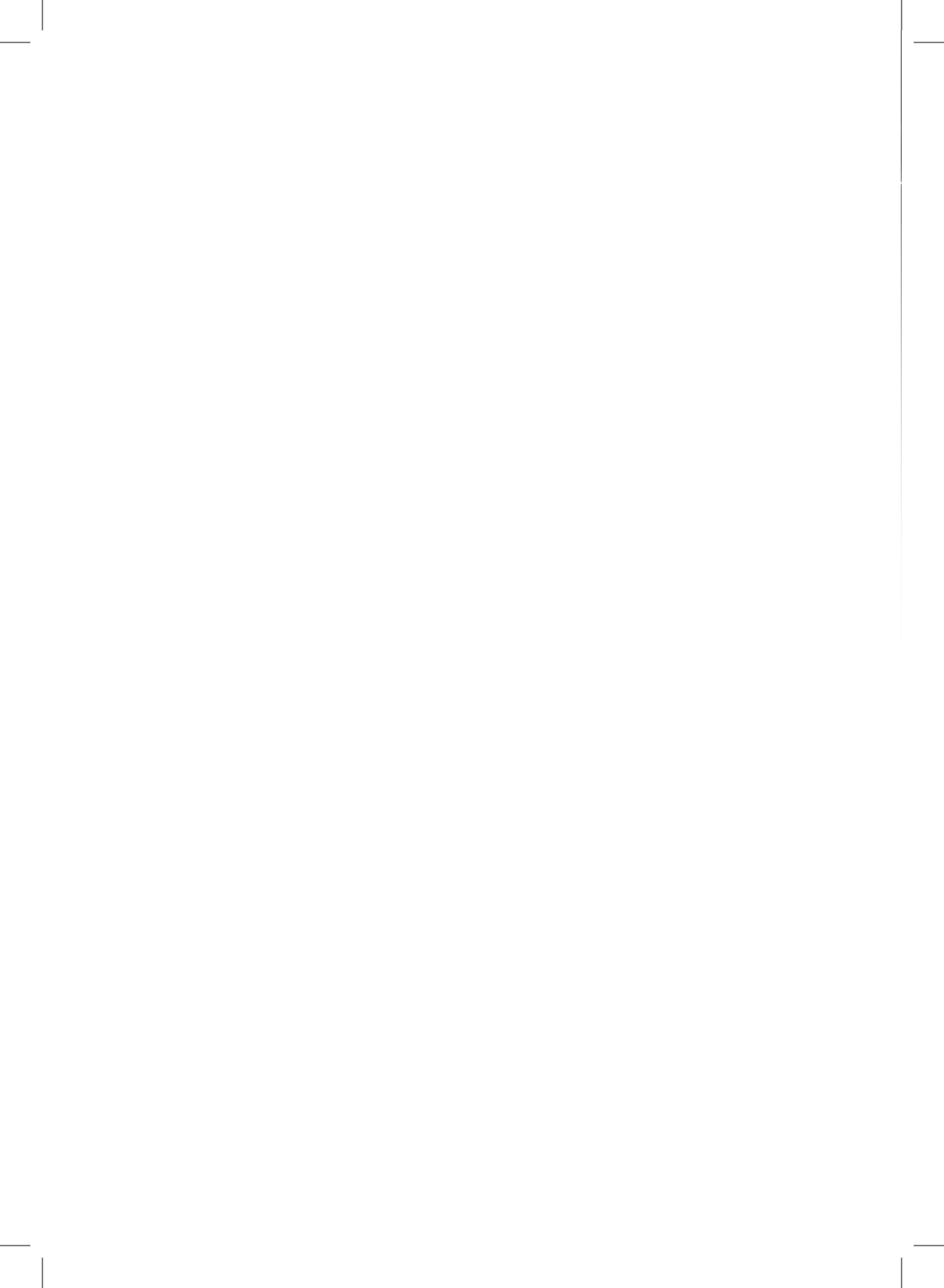
La respuesta es obvia: sí, sigo vivo.

Pero a qué precio.

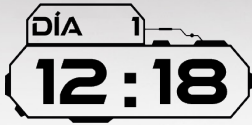


I

# LA CUEVA







—TÚMBATE, POR FAVOR.

Parpadeo y levanto la vista. Baldosas blancas. Tubos LED. Encimeras y armarios anclados a la pared. Monitores táctiles a mi derecha e izquierda.

—Voy a ponerte varios sensores, ¿de acuerdo? No te dolerá. Después te haré unas cuantas preguntas. Intenta responder lo más relajado posible.

Como si eso fuera fácil.

Me tiendo sobre la camilla. El neobot me coloca sensores en la frente, el cuello y las muñecas. Apenas son del tamaño de una uña, y se pegan a la piel como el esparadrapo. Es cierto: no duele nada. Después alarga un brazo y coge la holotableta de la encimera.

—¿Nombre?

—Kanae.

—¿Género?

—Varón.

—¿Edad?

—Dieciséis años, diez meses y dos días.

El neobot hace un extraño gesto.

—Veo que llevas la cuenta exacta, Kanae.

Sonrío con timidez y me encojo de hombros. Su voz es agradable, al menos. Supongo que si yo me dedicara a programar neobots de protocolo médico también les pondría una voz agradable.

—Veamos, ¿estás cómodo?

Muevo la espalda y los hombros. La verdad es que no me gusta estar tumbado así. Hace calor, además; la temperatura está un par de grados por encima de la media. Tres o cuatro gotas de sudor me resbalan por la frente y el cuello hasta llegar al papel que cubre la camilla. El ojo brillante del neobot me mira intensamente. El objetivo de la cámara del techo me enfoca de manera imperceptible.

—Sí, mucho —respondo.

—Bien. ¿En qué Sección estás?

—Lila. Primera..., no, Segunda División.

—Cierto. Puedo leer en la holo que hasta no hace mucho estabas en el podio del Marcador, pero ahora tus notas han bajado. — El neobot hace una pausa, como si esperara que yo dijera algo—. ¿Y tu Don? ¿De qué tipo es?

—Fenómeno físico.

—¿Qué tipo de fenómeno físico?

—Flujo de cargas eléctricas.

—Ajá.

El neobot me da la espalda, observa algunos gráficos que van de la holo al monitor de la pared y viceversa, y se gira de nuevo hacia mí.

—¿Sabes por qué estás aquí esta mañana, Kanae?

—Examen médico rutinario, señor. Supongo.

—Solo soy un neobot de protocolo médico, Kanae, no tienes por qué llamarme «señor». Con «doctor» es suficiente. Y sí, te hemos citado para someterte a un test rápido de preguntas y respuestas.

—¿Y por qué solo a mí?

—Tus compañeros también realizarán el test a su debido tiempo. No te preocupes. Todo esto forma parte del procedimiento habitual.

Trago saliva. Intento fijar la vista en las franjas luminosas del techo. Su luz es tan blanca y cegadora que por momentos imagino estar mirando el sol. El sol... Sonríó con tristeza. ¿Cómo puedo saber cómo es algo que nunca he visto?

—¿Cuáles son tus clases favoritas, Kanae?

—¿Perdón?

—Tus actividades predilectas dentro del Programa Adán, Kanae.

Hago un guiño.

—No hay nada que me llame especialmente la... —carraspeo—. Bueno, Historia, quizá.

—La mayoría de tus compañeros preferiría el Gimnasio o las simulaciones, ¿me equivoco? Dado tu historial de buenos resultados, sería lógico esperar que tú también.

—El Simulador de Batalla también está bien —me apresuro a decir—. Es lo más.

El neobot vacila uno, dos, tres segundos.

—¿Qué piensas de la directora?

—¿De ALMA?

—Correcto.

Vacilo dos segundos. Me agito nervioso.

—Relájate, Kanae. El contenido del test es estrictamente confidencial. El resultado será enviado directamente al Departamento Médico de Nación para su análisis. No hay nada fuera de lo común. Puedes estar tranquilo.

—No tengo una opinión formada sobre la directora, doctor.

—Está bien. ¿Y de tus amigos? ¿Qué piensas de ellos?

—¿A qué amigos se refiere?

—Tus compañeros de habitación: Shiro y Drew; y también Yumi y Sophie. El Control de Cercanía indica que ellos son con los que más contacto tienes en la Escuela. ¿Los consideras rivales?

Enarco las cejas.

—No.

—¿Ni siquiera a Drew? Sus notas son casi tan buenas como las tuyas. Eran, quiero decir. Ahora él ha pasado a la Primera División y tú a la Segunda. En otras palabras: te ha superado.

—Últimamente no he estado muy concentrado.

—¿De veras? —El neobot ladea el rostro—. ¿Tienes idea de a qué se debe esa falta de concentración? ¿Ha influido eso en la relación con tus amigos?

—No. A las dos preguntas.

—¿Y Yumi?

—¿Qué pasa con Yumi?

El neobot enmudece un milisegundo, como si carraspeará.

—No todos los niños elegidos cuentan con familiares en la Escuela. ¿Qué piensas de ella?

—Es mi hermana, doctor. Yo...

—Hermana melliza.

—Sí, claro. —Hago una pausa mínima—. Somos parecidos y al mismo tiempo muy diferentes. Nos apreciamos mucho. No sé qué más decir.

—Es suficiente. —El neobot me da la espalda y le echa otro vistazo al monitor de la pared. Estiro el cuello e intento ver por encima de su espalda los datos que fluctúan en el holograma. Súbitamente se da la vuelta y yo finjo mirar el techo—. Ya sabes en qué consiste el Programa Adán, Kanae: vuestra estancia aquí es esencial para el desarrollo y estudio psicomotriz de los niños nacidos con el Don. Vuestra misión es esencial para el futuro de la humanidad, pues al mismo tiempo sois el siguiente paso de la evolución del hombre y la llave para conquistar nuevos mundos a

su alcance. ¿Eres consciente de la importancia de vuestra misión? ¿De a qué tendrás que hacer frente al ascender a la Sección Negra y graduarte?

—Por supuesto, señor. *Doctor*, quiero decir.

—¿Qué harías si tus amigos estuvieran en peligro?

Frunzo el ceño.

—¿Cómo?

—Pregunto que qué harías si tus amigos estuvieran en peligro.

—Ayudarles, claro.

—¿Y si lo estuviera tu hermana?

Guardo silencio. Muevo los labios, pero no digo nada.

—¿Y bien?

—La salvaría. Los salvaría a todos.

—¿Y si fracasaras?

—No fracasaría.

—¿Y si ocurriera algún imprevisto? Imagina por un momento que algo sale mal, o que las circunstancias te superan. ¿Vengarías a tu hermana?

—Sí.

El neobot teclea con rapidez en la holo.

Lanzo un suspiro, mezcla de alivio y desesperación. Me muero de ganas de saltar de la camilla y salir de una vez de la consulta, pero estoy tan mareado que ni siquiera sé si podría mantenerme en pie. Lo último que querría ahora mismo es desmayarme como un crío al que le acaban de poner una inyección.

—Una última pregunta, Kanae.

Miro al neobot y clavo mis ojos verdes en su impenetrable rostro de cristal.

—¿Eres feliz?

Me vienen a la cabeza mil respuestas distintas: echarme a reír, darle un puñetazo al neobot o llevarme las manos al rostro y ocultar las lágrimas que me vienen a los ojos al recordar las pesadillas.

Pero de las mil maneras distintas que hay de contestar a esa pregunta, ninguna es apropiada para un examen rutinario de control.

Relajo la mirada. Me encojo de hombros y acompaño la respiración al tiempo que inclino las cejas y miro con serenidad hacia un punto impreciso del horizonte, más allá del neobot, de los monitores y de las baldosas blancas del suelo y las paredes. Imagino que al otro lado de los muros de cemento y hormigón hay valles y montañas, ríos y lagos, un cielo eterno y despejado.

—Claro —digo—. La Escuela de Poder lo es todo para mí.

El neobot me da una palmada en el muslo.

—Gracias, Kanae. Deja los sensores en la encimera. Ya puedes incorporarte a tus rutinas.

Me levanto, hago lo que me dice con inusitada calma y salgo de la consulta.

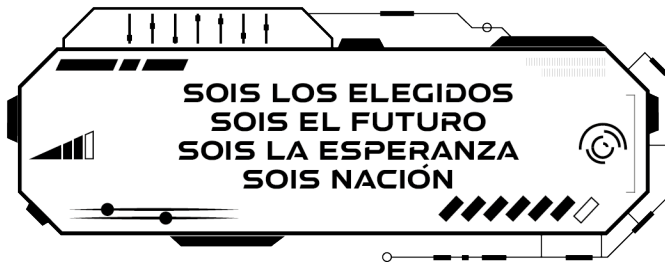
**12:46**

Las preguntas siguen dando vueltas en mi cabeza mucho después de salir del Centro Médico del edificio D. Mientras desando el camino entre muros y techos acristalados, me acaricio con la yema de los dedos el cuello y las muñecas. Admito que algo sí había sido cierto, al fin y al cabo: apenas sentí dolor.

Atravieso la pasarela que une el D con la Torre. Las puertas se abren con un siseo al acercarme. Al otro lado surge el Claustro, un jardín cercado por columnas de mármol y repleto de senderos de piedra pizarra. Me dirijo a las escaleras. No me cruzo con nadie, a pesar de la agradable sensación de calma que se respira aquí abajo; solo el borboteo de unas cuantas fuentes rompe el silencio. Supongo que a ningún niño elegido sensato se le ocurriría ignorar el Marcador que está por todas partes, ni aunque fuera por un solo

instante, para bajar aquí a desconectar. Quizá las veintidós cámaras que vigilan el Claustro en todo momento tengan algo que ver.

Los escalones en espiral se ponen en marcha en cuanto los piso. Las terrazas de las distintas plantas de la Escuela van pasando alrededor. Habitaciones, Aulas, Gimnasio, Biblioteca, Auditorio, Comedor y Simulador de Batalla. Esos son los principales espacios a los que tenemos acceso. Una miríada de paneles retroiluminados pende de las barandillas y reproduce el emblema de Nación. Los píxeles cambian cada pocos segundos y muestran panorámicas de las distintas Ciudades Protectoras llenas de gente y rascacielos, hologramas del presidente Brüme, marchas militares, naves surcando el espacio y, como no podría ser de otro modo, propaganda de la Escuela de Poder.



Parpadeo y aparto la vista. Giro el antebrazo y miro el reloj del uniforme a la altura de la muñeca; ya deben de haber terminado las clases matutinas. Niños elegidos de todas las edades empiezan a aglutinar la Torre. Embutidos en los uniformes negros, no puedo evitar pensar que le damos a las galerías, así como a las escaleras y ascensores, el aspecto de un hormiguero gigante. De no ser por la pequeña insignia coloreada del pecho, iríamos todos iguales. La mía, púrpura, pronto pasará a ser negra; cuando ascienda de Sección.

Dirijo la vista hacia arriba. La tibia caricia de un sol artificial a través de los cristales me aletea sobre la piel. El olor a humedad todavía se percibe desde aquí, a pesar de que el Claustro ha quedado ya muy abajo. El malestar de la consulta se disipa hasta desaparecer. Poco a poco, mi cuerpo y mi mente se ponen en marcha. ¿Cómo he acabado en el edificio D? De repente, lo recuerdo: estaba entrenando con el resto de la Sección cuando recibí la orden. ¿Por qué querrían hacerme el test solo a mí? Acaricio la barandilla de la escalera y me observo la punta de los dedos. Nada. Ni una mísera mota de polvo ni un minúsculo grano de arena. En la Torre no hay nada que recuerde al exterior. Nada que indique que la Escuela está construida cerca de la costa, en mitad de las montañas o excavada bajo tierra.

*¿Eres feliz?*

Un fulgor indefinido me obliga a taparme la frente con una mano. Los muros ascienden con elegancia hasta el Simulador. Los edificios A, B, C y D son de menor tamaño y están dispuestos alrededor de la Torre central. A través de las ventanas se aprecia un campo circular tras ellos, delimitado por una Muralla de cincuenta metros de altura algo más allá sobre la que se yergue una cúpula gigantesca. La Escuela es una fortaleza, nada puede entrar y herirnos. Y nada puede salir.

—Recordad por qué estáis aquí.

Un monitor cualquiera capta mi atención, con el rostro congelado y unidimensional de ALMA al otro lado, tan luminoso y frío como cuando lo vi por primera vez. El anuncio sigue su curso, pero yo ya no estoy aquí para verlo ni escucharlo. Mis recuerdos ya me han catapultado años atrás: Yumi y yo de la mano, pequeños y frágiles como muñecos de trapo. Hace apenas unas horas que llegamos a la Escuela y un neobot de tres metros de altura nos guio hasta nuestra habitación. Un set de camiseta de manga larga, pantalones y zapatillas de lona (todo negro salvo por la insignia del pecho, amarilla para los recién llegados) nos esperaba sobre la cama.



Casi puedo sentir el miedo de nuevo. Una sonrisa mezcla de ternura y compasión me llena la cara al revivirlo, al notar de nuevo toda aquella incertidumbre. Estábamos aterrados, sí, pero también fascinados. Por lo nuevo, por lo inmenso, por el hechizo de la Escuela de Poder. Nos llevaron al Auditorio, creo recordar. Una marabunta de niños llenaba las gradas, tantos como no habíamos visto nunca. Cuando el cuerpo digital de ALMA surgió del escenario, nuestras bocas rozaron el suelo.

—Recordad por qué estáis aquí: habéis sido bendecidos, habéis sido elegidos, para venir a este mundo con el Don. Esa será, a partir de hoy, vuestra mayor carga y vuestro mayor regalo al mismo tiempo.

»Nacer siendo niño elegido significa nacer para servir a Nación. Ser niño elegido significa ser parte de algo mucho más grande que uno mismo, y tener la capacidad y la responsabilidad de poder cambiar el mundo. Habéis sido trasladados a este complejo, a la Escuela de Poder, para formaros y aprender a usar el Don. Aquí os convertiréis en hombres y mujeres dignos de guiar a la raza humana hacia el progreso. No todos lo conseguiréis. No todos seréis dignos de semejante honor. Pero estoy convencida de que muchos sí seréis capaces de lograrlo, y os aseguro que hasta el último hombre, mujer y niño de la Tierra os recordará por ello.

»Soy consciente de lo mucho que dejáis atrás: familia, hogar... Pero todo eso tendrá que esperar hasta que acabéis la formación y os graduéis. Será entonces, y solo entonces, cuando podáis volver a ver a vuestros seres queridos. Y ni siquiera entonces será por mucho tiempo. Sé que será duro y que tardaréis en entender por qué estáis aquí y por qué renunciasteis a tantas cosas por el bien de la humanidad, pero llegará un día en que lo haréis, lo entenderéis, y estaréis tan orgullosos de formar parte del Programa como lo estoy yo. Hasta entonces, la Escuela será vuestro hogar, y el resto de niños elegidos, vuestra familia.

»Así que no lo olvidéis, recordad siempre por qué estáis aquí: el futuro de la humanidad está en vuestras manos, y solo vosotros podéis escribirlo o borrarlo para siempre.